

TOMÁS DE IRIARTE

LOS LITERATOS
EN CUARESMA

Edición de Emilio Martínez Mata
y Jesús Pérez Magallón

BIBLIOTECA NUEVA

Índice

INTRODUCCIÓN	7
1. Un ilustrado ejemplar	9
2. El fracaso de la sociedad civil	22
3. Sociabilidad, Ilustración y Neoclasicismo	34
4. Murmuración y envidia, ¿la identidad nacional?	48
5. La educación: esperanza de futuro	63
6. La problemática teatral	73
NUESTRA EDICIÓN	89
BIBLIOGRAFÍA	93
CRONOLOGÍA	97
LOS LITERATOS EN CUARESMA	105

INTRODUCCION

I. UN ILUSTRADO EJEMPLAR

Lo que sería la trayectoria vital, intelectual y artística de Tomás de Iriarte¹ estuvo determinada, de un modo muy especial, por la de su tío Juan de Iriarte (1702-1771). En efecto, fue éste quien, tras salir del Puerto de la Cruz, Tenerife, para ir a estudiar a París e instalarse después en Madrid, lograría abrir un camino que tres de sus sobrinos —Bernardo, Domingo y Tomás— sabrían seguir y aprovechar. La figura del tío, pues, requiere algún espacio, no sólo por su significación en la vida de Tomás, sino por su presencia explícita en *Los literatos*. Juan de Iriarte abandonó su tierra natal para ir a París a estudiar, llegando a frecuentar el famoso colegio de jesuitas Louis le Grand, donde difícilmente pudo ser condiscípulo de Voltaire, como

¹ Puesto que los lectores disponen de una excelente biografía de Tomás de Iriarte en Sebold [1978, 7-43], hemos orientado su perfil intelectual y humano hacia lo que permita comprender mejor el texto que aquí se edita. Véase la semblanza que de su figura presenta Prieto de Paula [1992, 13-60].

afirma Cotarelo [1897, 2], ya que había abandonado dicho colegio varios años antes. Aparte de dominar el francés y el inglés —con una visita a Londres—, ahí desarrollaría su afición por las letras antiguas y particularmente latinas, iniciándose en la composición poética en latín, que no abandonará nunca a lo largo de su vida. A su regreso se aposenta en Madrid y, tal vez por sus contactos con los jesuitas, logra que el padre Clarke, jesuita también y confesor del rey, le nombre bibliotecario de la Real Biblioteca. En esa institución —creada en 1712 por Felipe V a instancias de Macanaz y el padre Robinet— se encuentran algunos de los más destacados intelectuales novatores e ilustrados de la capital: Juan de Ferreras, uno de los fundadores de la Real Academia, y Blas Antonio Nasarre, entre otros. Juan de Iriarte se integra sin problemas a la vida de Madrid y pronto se encarga de la educación de los hijos del duque de Alba y del de Béjar. Como intelectual bien acogido en su medio, en el que se desenvuelve sin conflictos ni enfrentamientos, va tejiendo la red de amistades y contactos que consolidan su posición y alfombrarán el camino de sus sobrinos.

Otro intelectual de provincias, Gregorio Mayans, llega a Madrid en 1733, procedente de Oliva, para incorporarse como bibliotecario real, aunque con la promesa —que no se cumplirá— de ser nombrado más adelante secretario de cartas latinas del rey. Un grupo de conocidos y amigos lo recibe con aprecio y respeto, pero Mayans no logra lo que sí había conseguido Iriarte, es decir, la integración en el medio cortesano. El regreso de Mayans a

Oliva en 1739 constata su incapacidad para asimilarse a un medio en el que tal vez esperaba ingenuamente que se reconocieran y premiaran su saber y sus esfuerzos por la cultura española.

Mientras tanto, Juan de Iriarte prosigue con éxito su vida madrileña; participa en el *Diario de los Literatos* con algunos artículos críticos, en particular se encarga de reseñar las obras de Jacinto Segura—con quien entabla una polémica en la que el arma esencial de Iriarte será la ironía, anticipando así las que implicarán a su sobrino—, Salvador José Mañer y *La poética* de Luzán. En 1742 es nombrado oficial traductor de la Secretaría de Estado; cinco años después es hecho socio numerario de la Real Academia y, en 1752, de la Academia de Bellas Artes de San Fernando. A Iriarte se le encarga la confección de un diccionario latino-español, empresa en la que cuenta con José Joaquín Lorga, catedrático de Valencia, y con su sobrino Bernardo, aunque no adelanta demasiado y sus materiales se le transfieren a Juan de Santander. Su vida social en Madrid es la de una persona que cuenta con las relaciones apropiadas para no temer por su carrera. Tras la muerte de Nasarre (1750), la tertulia que éste reunía se traslada a la que ahora organiza Montiano, fundador y director perpetuo de la Real Academia de la Historia, socio de la de la Lengua y secretario de Gracia y Justicia. En esa tertulia—a la que Juan de Iriarte acude con sus sobrinos conforme éstos van incorporándose a la corte— se reúnen, además, Luzán, Ignacio de Herosilla, Antonio Pisón, Luis José Velázquez, marqués de Valdeflores, Felipe de Castro y Eugenio Llaguno y